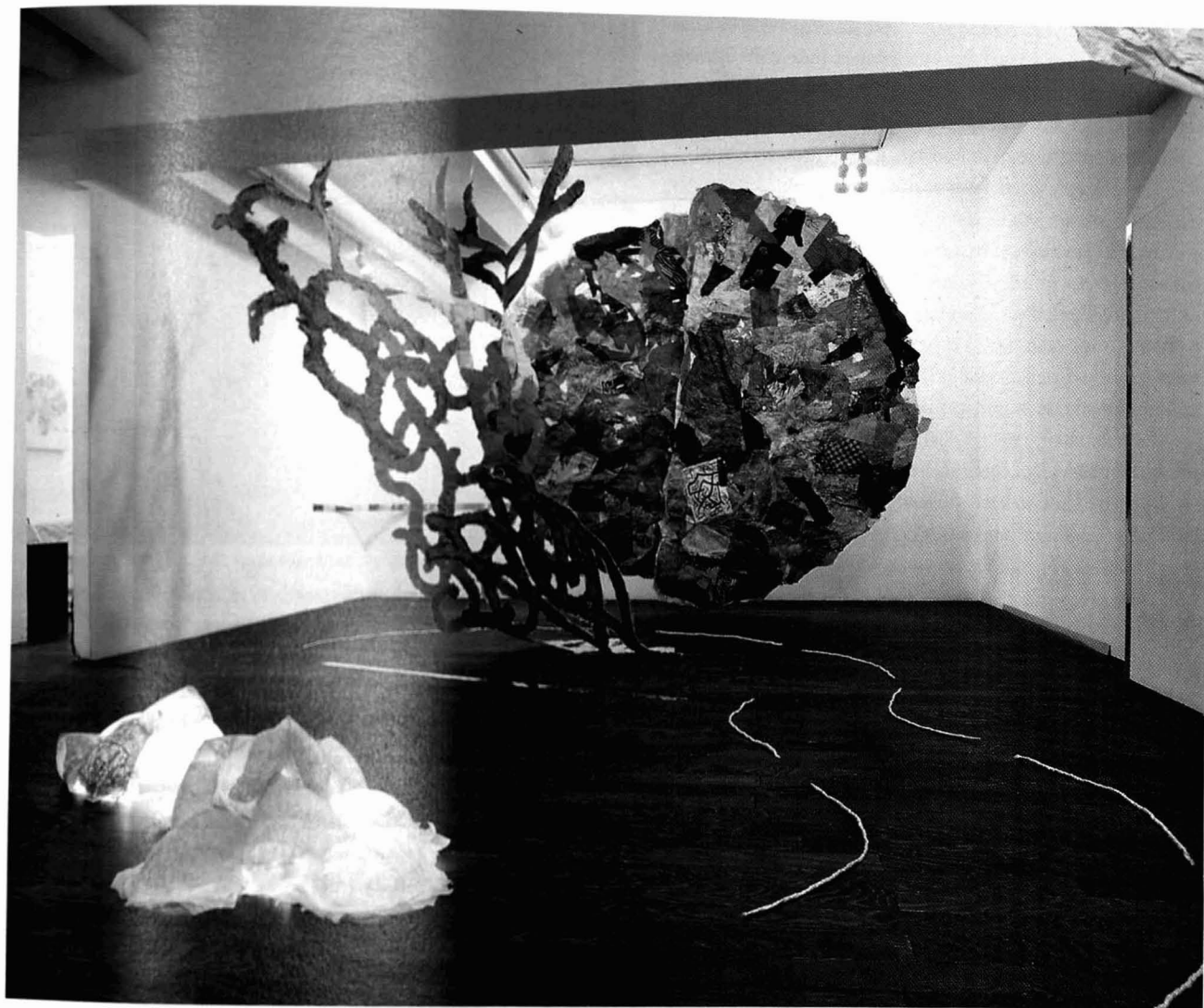


Ideario



HIROKO YAMAMOTO



*El objeto se
disuelve en el
sujeto,
1986,
papel, acrílico,
tela, espejo
e iluminación*

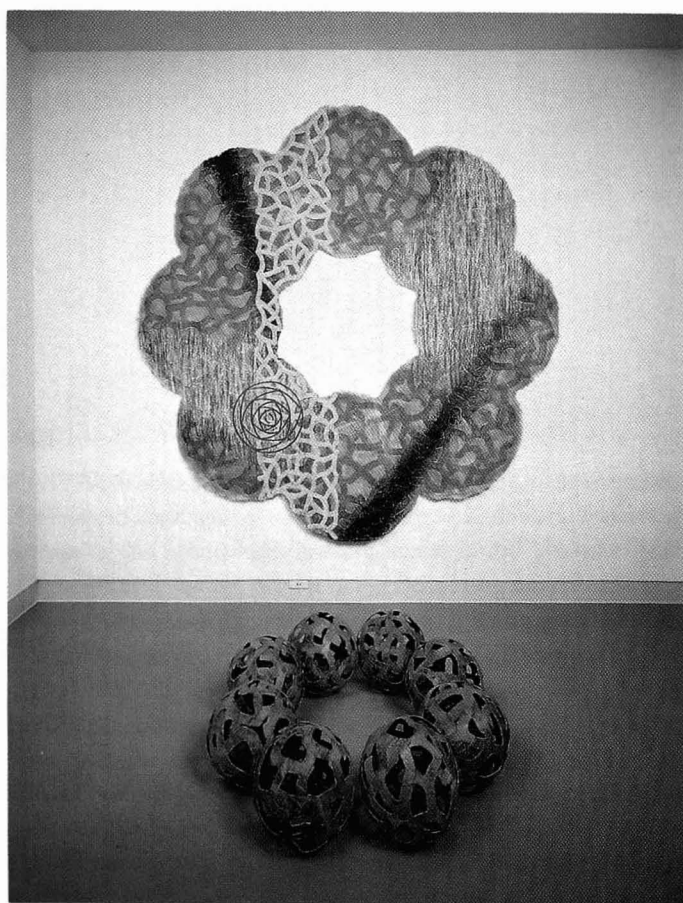
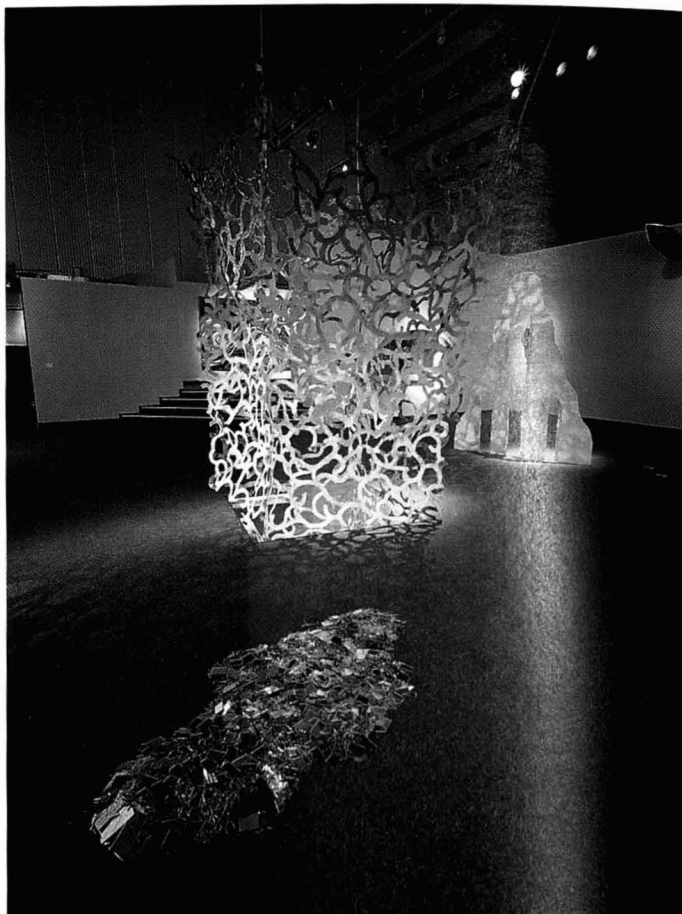
Soy de las personas que se muestran escépticas de aceptar un concepto importado de *arte*. No puedo evitarlo. Siento que cuando todo ya ha sido dicho y hecho se arriba a un concepto fundamentado en la aceptación descalificada del "valor artístico". Naturalmente, nadie puede refutar el hecho de que el fenómeno llamado *arte* ha existido desde la época prehistórica; tampoco de que la especie humana ha guardado un gran respeto por las obras de arte. De manera intuitiva concluyo que este fenómeno ciertamente posee un valor vital para la existencia del alma humana. Pero también siento que los valores atribuidos al arte en el presente de alguna manera no armonizan con la definición fundamental. Así las cosas, tal vez resulte mejor afirmar que más importante que esta desarmonía es la discrepancia básica en los valores atribuidos a la existencia humana y a la cultura que producimos. No puedo aceptar la santidad del arte o una idea tan naturalmente endeble como ésta, que concibe al arte como prueba de que Dios le otorgó a ciertas personas el derecho de gobernar la tierra. Y es que permanezco escéptica en torno al mismísimo concepto de arte y no puedo incluso iniciar una reflexión al respecto con ideas como "así debía ser el arte", o bien "los valores del arte cambian en cada época". No obstante que he pasado muchos años obsesionada con estos problemas, aún ahora creo que son tan vastos que no he llegado a ninguna conclusión. Por tanto, como creadora de obras de arte, lo menos que puedo

hacer es asumir la responsabilidad por el papel que juegan las obras que hago.

A la luz de todo esto, defino mis obras como *mecanismos que producen estímulos en el cerebro* e identifico la naturaleza de los estímulos que estos mecanismos envían como entidades culturalmente externas. Cuando era niña soñaba con combinar sustancias inanimadas para crear en el laboratorio una forma de vida completamente única y animada. Aún ahora, en un nivel que no tiene nada que ver con la interpretación artística, me percaté de que, tomando como referencia las estructuras de cuerpos vivientes, continué creando mis propias formas de vida metafóricas y externas. Precisamente por ser entidades externas no uso ninguno de los materiales convencionales destinados a ser empleados por el arte ni tampoco utilizo objetos naturales.

En lo que respecta a saber por qué son entidades externas, estoy convencida de que simplemente por ser un tipo de objetos, que no responden a las palabras o a las clasificaciones convencionales, poseen una potencia tal que, mediante la suscitación de tensiones desbaratan el equilibrio de la entropía cultural. Como ocurre en la expresión "una enfermedad menor evita una enfermedad fatal", las tensiones son también elemento importante para hacer prevalecer una forma de vida.

Este elemento externo (invasor) también es dueño de un proyecto agresivo: producir una buena sacudida a los conductos cognitivos normales del cerebro. Por ejemplo, dentro de los límites de lo que me siento capaz de hacer en esta época



de mi vida, reflexiono acerca de la fusión de lo bidimensional (imagen) y lo tridimensional (realidad).

En el mundo real (la totalidad de lo que existe) no hay diferencia entre lo bi y lo tridimensional. Todo es un caos homogéneo en el que todas las cosas se diluyen en una sola. Las dimensiones existen solamente como el producto de las diferencias propiciadas por uno solo de los muchos circuitos cognitivos del cerebro, proceso que los seres humanos establecen para relacionarse con el mundo y conformar el yo. Aunque resulto incapaz para crear algo parecido a las imágenes de la Botella de Klein [ver N. del T. de la p. 41], en las que nuestros circuitos cognitivos se desconciertan hasta el punto en que resultan incapaces para establecer las diferencias entre entorno y objeto, espero que mediante la fusión de lo bidimensional (imagen) y lo tridimensional (realidad) logre tal vez generar algunas chispas que se sitúen entre ambos. Con la esperanza de que, por lo menos, puedan producir confusión (zozobra) en la conciencia, insisto en elaborar estos objetos externos, indefinibles e inquietantes. ♦

Afrodita en evaporación, 1989, tela metálica, acrílico y espejo, 160 x 160 x 300 (centro) y 200 x 230 x 30 cm (atrás)

El collar de GAIA, 1992, tela metálica, pasta, plástico, acrílico y óleo, 25 x 25 x 25, c/u de las ocho piezas (al frente), y 160 x 160 cm (atrás)

TRADUCCIÓN DE ALBERTO DALLAL